

LIBRO V

Señales históricas

XL

El Egipto

Hemos tratado hasta ahora de exponer la historia de la humanidad como proceso natural, la manera cómo se desarrolla, las leyes según las cuales progresa, las formas bajo las cuales aparece este progreso y los fenómenos de que se compone. Vamos ahora á mostrar, por medio de algunos ejemplos, que la historia universal, tal como la conocemos, no nos revela otra cosa que fases naturales y de necesidad natural afirmadas por nosotros, y se desarrolla siempre y en todas partes según las mismas leyes.

A la verdad, nuestros estudios históricos no pueden abrazar la historia universal *completa*, ni aun lo que de ella conocemos. Equivaldría esto á escribir una «historia universal», cosa que no puede ser nuestra intención. Nos vemos forzados á limitarnos á los rasgos principales de los fenómenos históricos. Los presentamos, por decirlo así, á título de especialidad.

Cuando en conformidad con las ideas usuales se representaba la humanidad como parte de un solo centro de creación, se representaba así el desarrollo de

la historia como partiendo de una cuna única de la civilización. Todas las exposiciones históricas tenían por origen una pretendida cuna de este género que se transportaba, según las circunstancias, á los países que limitan el Ganges, ó más á menudo en los bordes del Nilo. En seguida se esforzaba en representar la corriente unitaria del desarrollo de la historia humana á partir de este origen, siguiéndola en sus ramificaciones hasta nuestros días.

A la verdad, hacia cualquier punto que dirijamos nuestras miradas retrospectivas no conocemos *ninguna época precisa*, en cuyo caso la historia de la humanidad brotaría de un punto único. Vemos, por el contrario, al través de la oscuridad de las edades más remotas, lucir simultáneamente muchos centros de civilización; hecho que ciertamente es conexo con el comienzo poligenético del género humano en todas las partes de la tierra habitable.

Sin embargo, al disponer según su edad los monumentos históricos que nos han sido conservados, ó, por mejor decir, aquellos que han sido descubiertos hasta este día, se puede presumir que los más antiguos se refieren al Egipto; lo que justificaría el lugar que se le ha dado al país en las cronologías.

A veces estos monumentos históricos no nos presentan *comienzo*, pero nos conducen inmediatamente *in media res*, porque nos muestran el Egipto como un país que se disputaban ya un número grande de tribus humanas heterogéneas, un país en que evidentemente antiguos órdenes políticos trataban ya de mantener en los ocios posibles los elementos étnicos heterogéneos (1).

(1) Duncker: *Geschichte des Alterthums*. Perrot reprodujo efectamente la impresión que se experimenta cuando se fija

Ranke nos dice: «El rico Egipto, bastándose á sí mismo, excitaba la codicia de las tribus vecinas que adoraban á otros dioses. Bajo el nombre de pueblos pastores, *soberanos extranjeros y tribus extranjeras*, han dominado el Egipto durante siglos.»

En verdad, la exposición de «la historia universal» no podría comenzar mejor que por esta cita. Lo que Ranke dice del Egipto, la más antigua condensación, por decirlo así, la quintaesencia de la historia completa de la humanidad. ¿Dónde y cuándo, en el curso de la historia, se aplicarían aseerciones análogas? Muchas veces era por llanuras ricas y fértiles por lo que se luchaba, y siempre eran tribus extranjeras las que acometían la conquista de este país. Aunque refiriésemos la historia china, griega, india, italiana, siempre y en todas partes podremos aplicar estas palabras de Ranke, siempre y en todas partes es la misma situación que se renueva.

Y al mismo tiempo que encontramos órdenes políticos, ya seculares, cuya existencia nos es atestiguada desde los primeros albores de la historia egipcia por las cartas tan bien como por las pirámides, nos encontramos en el país del Nilo, enfrente de un inextricable problema étnico que se ha escapado á todas las tentativas de solución hechas por la ciencia moderna.

una mirada imparcial en el pasado que se abre siempre más profundo ante la investigación histórica. Al hablar de los descubrimientos egiptológicos más recientes que nos presentan el Egipto más antiguo, como habiendo alcanzado ya un alto grado de civilización, hace esta reflexión: «Cuanto más nos remontamos en el período cuyas profundidades (como las de un abismo) *causan vértigos á la imaginación*, se encuentra siempre el Egipto ya formado, adulto ya y provisto de todos sus órganos, dueño de los pensamientos que desarrollara, y penetrado de las creencias de las cuales vivirá durante tantos siglos» (*Revue des Deux Mondes*, 1879).

Todo lo que es cierto es que, desde la antigüedad más remota, estamos en presencia de una mezcla de pueblos que implica siglos de luchas y de proceso de amalgama.

Además, parece cierto que durante esta larga duración de luchas y de procesos de amalgama, los habitantes primitivos han desaparecido parcialmente, han sido parcialmente absorbidos por otras tribus, porque los sabios están de acuerdo sobre este punto: que los habitantes más antiguos descubiertos por las investigaciones efectuadas en el valle del Nilo, no son autóctonos (1).

De estos primeros habitantes que la historia pudo encontrar, provienen las construcciones grandiosas que excitan todavía el asombro de los viajeros. Estos monumentos permiten prevenir la dominación ejercida por una minoría muy civilizada, fastuosa y artística sobre grandes masas sometidas. Pero sonó la hora fatal para estos soberbios constructores de pirámides:

(1) Los egipcios no son autóctonos del valle del Nilo, sino emigrantes que vinieron de Asia, como puede demostrarse (Federico Müller: *Ethnographie*). Según Müller, se encuentran también tribus «camíticas»; habitan todas al Norte y Nordeste de Africa, y estas tribus son de inmigración muy anterior á la de los egipcios. «La emigración egipcia provenía de Asia, por el desierto de Siria, para establecerse en el valle del Nilo.» Lenormant cita este hecho como científicamente establecido; cree que para hacer entrar en este cuadro la hipótesis antigua, según la cual el pueblo egipcio proviene de una raza africana, es preciso admitir los hechos siguientes: la raza civilizada que ha llegado á Asia desde el valle del Nilo, debió encontrar allí una población africana que vivía aún en estado de barbarie; esta población se sometió, pero su sangre no se mezcló más que en cierta medida con la de los recién venidos. Esto es lo que consideramos como más verosímil. (Lenormant: *Onfänge der cultur.*—Duncker: *Geschichte des Alterthums.*

su dominación fué destruída por las tribus nómadas, que, viniendo del Este, hicieron irrupción en Egipto.

Desde las comarcas orientales llegaron inopinadamente hombres de bajo nacimiento llenos de resolución, que se apoderaron del país sin grandes esfuerzos. Se hicieron dueños *de los que dominaban*, quemaron sin piedad las ciudades y destruyeron los santuarios de los dioses y maltrataron con extremo rigor á toda la población. (Es verosímil que su conducta no fué diferente de aquella que habían tenido los antepasados de los constructores de pirámides respecto de los autóctonos ó de las poblaciones, cualesquiera que fuesen, encontrados por ellos en Egipto.) Degollaron á los hombres y redujeron á las mujeres y á los niños á la esclavitud. Por último, *elijieron entre ellos un rey* llamado Salatis. Este estableció su residencia en Menfis, *levantó tributos* sobre el país superior é inferior y *puso guarniciones en las comarcas convenientes*. Salatis murió después de haber reinado diez y nueve años. Tuvo por sucesores... (Siguen cinco nombres.)

«Estos seis personajes fueron los primeros soberanos; hicieron la guerra y trataron de extirpar cada vez más las *raíces del Egipto*.»

Así es como Manetho describe uno de los más antiguos episodios históricamente conocidos de este proceso, siempre idéntico á sí mismo. ¿A qué guerra de la Edad Media y de los tiempos modernos no podría aplicarse la descripción de Manetho? ¿Cómo á menudo, después de esta época de brillantes civilizaciones, no han sido destinados por advenedizos políticos, por «bárbaros», ó, como los llama Manetho, por «hombres de baja extracción y de firme resolución»?

Otra circunstancia característica: estos bárbaros del desierto, que acababan de destruir una civiliza-

ción floreciente, se apropiaron el arte de dominar y lo llevaron tan lejos como sus predecesores. Imponer tributos, fortificar ciudades, poner guarniciones en las localidades más convenientes: estos hechos caracterizan el proceso completo de la historia. Por lo mismo, en efecto, que la inteligencia viene generalmente, como es sabido, con la función, del mismo modo los bárbaros más incultos han sabido siempre, una vez vencedores, ser dominadores (1). A la verdad, no les fué reservado más que se había dado á sus predecesores para mantener su dominación; pero en el curso de la historia, los pueblos más civilizados y los más bravos no pasan más allá: este *mantenimiento* parecería contrario á la ley natural de la historia. Dominaron durante un millar de años, y su tiempo terminó. En todos estos cambios de dominación, el punto que parece más importante es el proceso de amalgama con la raza de sus predecesores (la de los constructores de pirámides), con los antiguos egipcios, que en otro tiempo no habían sido menos nuevos ni

(1) Podemos recordar aquí lo que Lepsius dice á propósito de los dueños actuales de los egipcios: *los turcos*: «Los *kavas*, que forman un cuerpo especial de suboficiales del pachá, constituyen en Egipto una clase separada é importante. *No se toma por kavas más que á los turcos*, y éstos poseen ya, en virtud de su nacionalidad, un predominio innato sobre todos los árabes. Apenas si existen pueblos que tengan tantas condiciones para dominar como los turcos, aunque nos los representemos como incultos. Un *kavas* lanza delante de sí toda una aldea de fellatas ó de árabes y se impone á los más fieros beduinos. El pachá emplea el cuerpo de los *kavas* para misiones de confianza en todo el país. Son los más elevados entre los servidores ejecutivos del pachá y los gobernadores de las provincias. Así fué probablemente como los turcos dominaron en el Egipto, y así es como siempre y en todas partes las minorías victoriosas dominan á las masas vencidas.

menos extranjeros en el valle del Nilo. Este proceso de amalgama se cumplió, después de la extirpación de los hombres en estado de llevar las armas, por las mujeres y los niños, que, perteneciendo al pueblo vencido, habían sido reducidos á la esclavitud, como lo cuenta Monetori. También este proceso es típico; parece que siempre es, especialmente y en primer lugar, por las mujeres, como la sangre de los vencidos á la de los vencedores.

Cuando la dominación de los antiguos egipcios hubo sido destruída por las hordas venidas del Este, la dominación de los hiksos fué atacada por invasores que se precipitaron por el Sur. En lo alto, en las orillas del Nilo superior y hacia las fuentes de este río, hormigueaban y hormiguean todavía las razas y las tribus más diversas. Una de ellas fué la que bajo Raskenen dió á los hiksos el primer golpe decisivo. Los sucesores de este rey acabaron su obra y formaron á su vez un nuevo imperio. Conviene recordar que los hiksos dejaron el suelo de Egipto y se dirigieron al Este en número de 240.000 hombres: no era ciertamente más que un grupo pequeño de «intransigentes»; siempre se encuentran y en todas partes hombres que prefieren emigrar á someterse al nuevo orden de cosas; pero en ninguna época ni en ningún lugar, su partida cambia la marcha de los acontecimientos. Así, en Egipto, el pueblo nuevo reunió en sí mismo todos los elementos étnicos del proceso histórico precedente y comprendió á los hiksos, y gracias á las impulsiones étnicas más numerosas y más vivas que les fueron dadas, se puso á efectuar un nuevo proceso de amalgama, un nuevo desarrollo de civilización.

El período que comienza por la llegada de nueva

sangre, la sangre etíope, en la mezcla de pueblos del Egipto, es «el período más brillante» de la historia de este país, y ciertamente lo que caracteriza esta transformación es que el verdadero vencedor de los hiksos es el verdadero fundador del «nuevo» imperio: compartió el trono con una esposa negra.

La historia de Egipto hasta entonces consistió en irrupciones de elementos étnicos extranjeros y en luchas con los elementos ya instalados: estas luchas tienen por objeto la dominación. «El nuevo reino» debió quizá su fuerza á la larga duración del proceso de amalgama, porque la lentitud con que se cumplió este proceso le obligó, durante un largo lapso de tiempo, á no tolerar ninguna penetración nueva de elementos extraños, á tender poderosamente hacia el exterior, á acometer, para ocupar su fuerza desbordante, grandes expediciones y conquistas dirigidas hacia todos los países del mundo, así es como hace avanzar el proceso histórico.

Decimos, pues, que no existen más que dos posibilidades para la vida histórica de un país: ó bien este país recibió sus impulsiones étnicas por penetración de elementos extraños hacia *el exterior*, ó bien va á *buscar estas impulsiones* por movimientos de exposición *hacia el exterior*. Ser conquistado ó conquistar, tal es la inevitable alternativa puesta á todo Estado. Si es potente hace conquistas, si no tiene la fuerza necesaria para conquistar es vencido por conquistadores extranjeros más fuertes que él. El proceso natural de la amalgama étnica se manifiesta en todo caso en que los pueblos la quieren ó no, generalmente aun *contra* su voluntad.

Es así cómo los nuevos dueños del Egipto no pudieron quedar tranquilamente en este país. Por lo

demás, los trabajos de la paz en el valle del Nilo, con la construcción insensata de templos gigantescos, no bastaban á agotar su actividad. Tendieron al exterior tratando de dominar pueblos extranjeros, de hacer prisioneros, de beber el sudor y la sangre bajo forma de tributos, y, en fin, *last non least*, conducir bellas esclavas del extranjero.

La hora que debe ser fatal para los ciegos instrumentos de una ley natural todopoderosa, viene á sonar más pronto ó más tarde. Les complace haber cumplido altos hechos, exaspéranse, se ven obligados á cambiar el papel de martillo por el de yunque.

Los dominadores pertenecientes á las dinastías que siguen, llevaron sus armas victoriosas más allá de las fronteras del Egipto y del Africa. Uno de ellos, Tutmofis III, sometió los pueblos asiáticos hasta el Eufraates y extendió hasta este río las fronteras de su imperio. Una inscripción recuerda que una tribu de Mesopotamia se vió forzada á pagarle tributo; otra inscripción atestigua que el representante de Tutmofis le enviaba en oro, en ébano y en marfil, el tributo de la Etiopía y de la Nubia. Una inscripción jeroglífica reunía estos altos hechos y elogia al conquistador, «que dominó toda la tierra».

Esta política de conquista duró largo tiempo todavía. Proporciona grandes triunfos bajo Sethos I, Ramsés II, y Ramsés III. Los asirios, los medas, los persas, los bactrianos y gestas lejanos que habitaban ya un país europeo, sintieron la pesada mano de los conquistadores egipcios; ocurrió lo mismo con los lidios al Oeste y los etíopes al Sur.

Estas expediciones de conquista, los tributos de los pueblos vencidos y las legiones de cautivos apresados, permitieron á los dueños de Egipto ejecutar

nuevas construcciones gigantescas, destinadas á perpetuar su gloria, á transmitir á las edades futuras el recuerdo de sus acciones guerreras. El palacio de Lug-sor, la avenida de las esfinges extendiéndose de Lug-sor hasta Karnak, «la casa de Amenofis» y muchos monumentos análogos, dan aún hoy testimonio del poder y riqueza que estos conquistadores egipcios habían adquirido en el curso de sus expediciones en las tres partes del mundo, así como de los tesoros que habían pillado y llevado á Egipto.

A este largo período de ímpetu y de poder sucedió por una necesidad natural, una época de afeminación, y descenso, mientras que las riquezas del Egipto atraían á los pueblos extranjeros, los cuales como colonos pacíficos unos, como los griegos del Asia Menor los otros conquistadores, como los persas y macedonios, eligieron el país de los Faraones por campo de explotación. El Egipto vino á ser sucesivamente provincia persa, provincia macedónica, y, finalmente, provincia romana; y el país que en otro tiempo, bajo poderosos señores, había explotado y apresado tantas naciones etranjeras, vino á ser á su vez la presa de conquistadores extranjeros; fué azotado por sátrapas, persas, macedonios y romanos, y todo lo que sigue á estos últimos. La caída del imperio romano no libró al Egipto.

La dominación árabe en la Edad Media, la dominación turca en los tiempos modernos, continuaron la obra de los persas, de los macedonios y de los romanos. Apenas ahora la dominación turca se inclina á su decadencia, cuando ya Inglaterra tiende su mano ávida hacia el Nilo y los calculadores ingleses echan cuentas sobre lo que podrán sacar de esta tierra fértil tan bien situada.

Sea de ello lo que quiera, el principal motor que se persigue al través de esta historia que comprende millones de años, es la lucha de raza contra raza por la dominación mientras que se cumple un proceso perpetuo de fusión y de amalgama. Parece que al presente, este proceso está en camino de crear un pueblo egipcio nuevo. Una nueva formación de raza como aquella que parece estar á punto de cumplirse en este país no está exenta de peligros para los conquistadores extranjeros y para los colonos; con terror lo hemos visto cuando las matanzas de Alejandría durante el estío de 1882. Los extranjeros eran perseguidos como perros y se oía el grito de guerra: «¡El Egipto para los egipcios!» Por lo demás, los ingleses victoriosos volvieron bien pronto á la razón á estos *perros de egipcios*, como decían ellos. Y así es como las cosas se contiúan graciosamente; raza contra raza luchan por la dominación. En tanto, razas siempre nuevas de las cuales cada una es una amalgama de mil elementos étnicos, no cesan de oponerse las unas á las otras; pero la perpetua lucha disminuye el número de las razas y no cesa de extender cada vez más el suelo, ocupado por los vencedores. Diríase que una eterna ley natural tiende á otros objetos que aquellos á que tienden los esfuerzos humanos. Los *finés de las leyes naturales* parecen estar situados en el dominio de la amalgama de los pueblos; los *designios de los hombres* se mueven alrededor de mezquinos intereses de posesión y de dominación; pero su inevitable destino es servir á la gran ley natural.

XLI

Babilonia

El segundo de los focos de circulación que vemos lucir en la lejanía de la antigüedad más remota es, probablemente, el que apareció en las depresiones del Eufrates y el Tigris. Para *nosotros* la historia de este país no comienza evidentemente más que á partir de la época á la cual podemos remontarnos, dejándonos guiar por los manuscritos conservados ó recientemente descubiertos. Por lo que concierne á la historia de los tiempos anteriores, nos vemos reducidos á interpretar y descifrar oscuras leyendas y á deducir conclusiones por analogía.

Tenemos un fragmento de origen indígena: en este fragmento que nos ha sido conservado, Beroso comienza la historia de Babilonia por la exposición de la creación de los hombres.

Esta creación sería poligenética, contraria, por consiguiente, á la aserción de la Biblia. Uno de los dioses formó al hombre, mezclando con tierra la sangre de Bel, el más excelso de los dioses.

Pasando en seguida á la descripción de los acontecimientos históricos, Beroso refiere que había «un gran número de hombres de *origenes diferentes*, los cuales habitaban la Caldea. Estos «hombres de *origenes diferentes*» vivieron sin orden, como los animales, hasta que fueron instruídos en todas las artes de la paz y

habituados á la disciplina, así como al orden, por un «monstruo marino llamado Oan (1).»

Por este monstruo marino, que aquí, como en otras partes, desempeña el papel de fundador del Estado, se debe entender una tribu conquistadora que sometió á las tribus que habitaban en las depresiones del Eufrates y Tigris y les impuso su yugo (2). Esta interpretación no es temeraria; está conforme con la leyenda que se encuentra también en otros lugares con el mismo sentido y responde á la significación históricamente demostrada de dicha leyenda.

Esta primera conquista y esta primera fundación del Estado, se remontan á los tiempos prehistóricos: no nos son trasmitidas más que por medio de la leyenda.

(1) Duncker: *Alterthun*, «Diodoro cuenta que Belo condujo de Egipto á Babilonia una colonia que se estableció en las orillas del Eufrates, y que, siguiendo la regla observada en Egipto, hizo exentos de todos los tributos y servicios públicos á los sacerdotes que los babilonios llamaban caldeos...» Este relato puede no ser exacto literalmente, pero es un testimonio bastante acerca del origen extranjero de la clase dominante en Babilonia, clase de la cual formaban parte estos sacerdotes caldeos.

(2) Del mismo modo, la tradición del antiguo Méjico atribuyó la introducción de una civilización superior á un gran profeta, Quetzalcoalt, que vino en *barco* á la costa de Panuco. Fué sacerdote, legislador y rey en el reino de los tolteques. Abolió los sacrificios humanos, enseñó la astronomía, reguló las fiestas anuales, etc. Después de haber largo tiempo señoreado el reino de los tolteques, volvió á su barco *rodeado de serpientes* y abandonó el país (Bastián: *Geographische und ethnologische Bilder*). Recordemos, además, que muy á menudo la leyenda, comparando á los hombres con los animales, cita diversos animales mientras que se dirige á los hombres. Así es como Szainocha ha probado hasta la evidencia que en las crónicas del continente europeo, entre los siglos IX y XII, los ratones representan los piratas (Szainocha: *Szkice historyczne*).

El orden político que advertimos en las depresiones del Eufrates y el Tigris, debe ser atribuido á otra conquista: la efectuada por los *caldeos* venidos del Norte, porque ellos son los que encontramos como tribu *reinante* en los comienzos de la historia de Babilonia.

Se nos habla también de una conquista de Babilonia por los medos en una época en que existía ya una vida civilizada en la región que se llamaba *Sineár*. Duncker hace notar, con razón, que «las tribus de pastores de las mesetas iránias no podrían sentirse tentadas á descender á las llanuras del Eufrates y el Tigris, sino porque la vida hubiese llegado á cierta prosperidad, ó porque el país estuviese bien cultivado y prometiese buen botín á estos pastores, y además lo superfluo».

Importa notar que cuando se nos habla de la floreciente civilización de Babilonia y del desarrollo superior de este Estado, se nos dice siempre que la tribu de los caldeos formaba la clase de los sacerdotes y los sabios, que ponía á veces reyes en el trono ó los precipitaba. Es lícito suponer que los caldeos y los medos se repartían la soberanía, y que si los primeros constituían en este Estado la corte de los sacerdotes, los segundos eran la corte de los guerreros. Esta suposición es tanto más autorizada, que se nos habla alternativamente de una dinastía médica y de una dinastía caldea. Pero los medos, ¿componían realmente la corte guerrera en Babilonia? Induce á creerlo lo siguiente: La historia de Babilonia no menciona más que una sola vez un desarrollo expansivo (bajo Nabopolasar). Así, pues, este desarrollo, muy agresivo al exterior, el solo de este género que nos sea transmitido por la historia conocida de Babilonia, se

atribuye á una alianza con los medos bajo el rey Craxares.

Tal alianza se explica si se imagina que existía solidaridad por origen entre la corte guerrera médica que gobierna en Babilonia y el imperio médico que florecía en la antigua patria de esta corte.

Nos parece que los datos históricos relativos á Babilonia no provienen más que de la época de su declive, y que el brillo de este imperio bajo Nabopolasar, no es más que un último resplandor lanzado por un Estado en otro tiempo brillante y después del cual Babilonia decayó completamente. Se convendrá en ello al representarse la serie de los acontecimientos. Es un hecho que los fundadores de Asur partieron de Babilonia. De los dos mundos civilizados, Babilonia y Asiria, Babilonia es la más antigua (1). Sin embargo, poco tiempo después del primer momento de la historia conocida, fué cuando Babilonia, que en otro tiempo imponía sus costumbres y su autoridad, cayó bajo la sujeción de Asur; desde esta época, Babilonia no es más citada que como una provincia que participa de las vicisitudes del imperio asirio.

(1) «Las inscripciones que nos han conservado las ruinas de Ninive y aun la Escritura, presentan con débiles diferencias y permiten reconocer la misma lengua que era escrita y hablada en Babilonia. Aquí como allí la misma manera de contar el tiempo, la misma industria, las mismas artes.

XLII

Asiria

Ranke hace constar, en consecuencia, que en los siglos IX y X antes de nuestra era, existía acá y allá del Eufrates y el Tigris, así como en la región de los dos ríos, un gran número de reinos independientes, que todos estaban afiliados en las hostilidades y pequeñas guerras recíprocas. Recordemos lo que Beroso cuenta de gran número «de hombres de fuentes diversas» que habitaban la Caldea; recordemos también situaciones análogas que por todas partes encontramos en los tiempos primitivos, y nos será permitido concluir, por analogía, que este gran número de pequeños Estados representaba por lo menos un número igual de elementos étnicos heterogéneos.

Cuando á continuación oímos hablar súbitamente de un centro de potente dominación formando parte de un gran imperio asirio, cuando oímos hablar de dueños potentes que ejecutan esas construcciones gigantescas, cuyas ruinas nos asombran hoy, es evidente para nosotros que esta monarquía, como tantas otras, más tarde (podemos recordar Roma) ha sido producida por una potente agregación de ese gran número de tribus, bajo la presión más fuerte y más feliz de entre ellos que se ha impuesto como «tribu dominante».

Esto, que debía realizarse así en Asiria, no sería más que un proceso análogo al que Niebuhr da como

característica de la vida pública y política del Oriente, y que, á nuestro entender, se produce siempre y en todas partes. Encontramos—dice Marco Niebuhr—por todo el Oriente un pueblo dominante. Por poco libre que este pueblo haya podido ser frente á frente de sus principios, no es menos dominante en relación con los pueblos sometidos. Si el príncipe manda á los pueblos subyugados, es, en cierto modo, por el prestigio de su origen y en virtud de su dominación sobre la tribu.

La formación del imperio asirio se ha verificado de esta manera, es decir, por la supremacía de una tribu sobre cierto número de tribus vecinas; se puede encontrar una prueba *a posteriori*, al observar el desarrollo siempre progresivo del imperio asirio, y al pensar en la perpetua identidad de los fenómenos del proceso histórico. Esto no se verifica de otra manera que por conquistas perpetuas y por la sujeción y sometimiento de todos los pueblos y Estados de alrededor, comenzando por los más próximos y acabando por los más lejanos en todas las direcciones de la rosa de los vientos: así se produjo en el imperio asirio. En cuanto á la fuerza y energía con que la tribu asiria, apareciendo en el curso medio del Tigris, pudo sujetar las tribus establecidas, ó más bien errantes, alrededor de ella, puede apreciárselas según la fuerza y energía con que el imperio asirio, siempre creciente, ejecutó sus empresas guerreras, generalmente victoriosas, hacia los cuatro puntos cardinales. Asiria es, en efecto, una de las primeras monarquías que se nos ha dado á conocer. Una tendencia incesante, perseverante hacia la dominación del mundo, animó á los monarcas asirios.

Sus expediciones conquistadoras se extienden hacia

el Noroeste, hasta el mar Egeo, al Sudoeste hasta la Fenicia y la Palestina. Parece que fueron hasta el Egipto y hasta la Etiopía. Siria, Arabia, Mesopotamia, le estaban sometidas desde hace largo tiempo; los pueblos de la meseta armenia les pagaban tributo. Franqueando la meseta irania, sometieron á los medos y llegaron hasta la India. Al Sur sometieron aquel antiguo Estado civilizado, al cual dieron su cultura intelectual, sus artes, toda su civilización. Eran todavía bárbaros cuando asaltaron á Babilonia, que no pudo desde largo tiempo librarse del yugo asirio.

A medida que se cumplen estas grandes expediciones y conquistas que agrandaron á Asiria (fenómeno análogo al que se manifiesta en Babilonia en el curso de sus conquistas tanto anteriores como posteriores), se desarrolla asombrosa actividad en la construcción de esos edificios magníficos que, después de haber estado durante siglos sepultados entre escombros, han sido descubiertos en nuestros días. Estos monumentos, así como los testimonios históricos encontrados sobre sus muros, nos dan idea de la adelantada civilización de estos pueblos. Si preguntamos cuáles son los factores que pudieron engendrar una civilización de orden tan elevado, nos es preciso separar un momento nuestra atención de esas grandiosas y victoriosas expediciones de conquistas, para llevarla sobre otros hechos que, ciertamente, no han contribuído menos al impulso intelectual de estos pueblos: nos referimos á esas enormes trasplantaciones de pueblos y á esas transmigraciones que cada vez han seguido paso á paso las expediciones victoriosas.

Un soberano asirio del siglo VIII (Sargon II) se vanagloriaba de haber, después de la toma de Samaria, conducido 27.280 habitantes cautivos. Después añade

á guisa de explicación: «He hecho habitar en medio de mis súbditos á los hombres á quienes domó mi mano.» El mismo Sargon trasplantó á 9.000 habitantes de Gaza á Asiria. Uno de sus sucesores, Assarhadon, trasplantó á los elamitas de la Babilonia subyugada á la Palestina, conquistada después de haber hecho emigrar á los judíos de la Palestina á Babilonia, á la Siria y á la Media. Es cierto que semejantes emigraciones y trasplantaciones de pueblos, operadas violentamente por los soberanos de Asiria y Babilonia, no han sido realizadas más que por su interés inmediato, del mismo modo que ha ocurrido recientemente en Rusia. Se consideraban las trasplantaciones violentas de este género como la mejor precaución contra los levantamientos y las tentativas de emancipación; así, los soberanos de Asiria y Babilonia obedecían á la gran ley de la amalgama étnica y favorecían poderosamente la tendencia histórica hacia la mezcla de los pueblos. Así, siempre y por todas partes en la historia, el impulso del interés personal ha ayudado á la realización de las grandes leyes históricas, y la acción histórica, emprendida con la conciencia de fines inmediatos en favor de las personas ó del Estado, ha ayudado inconscientemente á las grandes leyes históricas para que se manifestasen.

No podemos dejar á Babilonia y Asiria sin llamar la atención sobre un fenómeno que nos acompañará en todo el curso de la historia: la sucesión natural de las grandes mezclas de pueblos y de un gran desarrollo de civilización. ¿Hay entre estas dos circunstancias una relación de causa ó efecto? Nos abstendremos por el momento de decirlo. No podemos, sin embargo, impedirnos señalar y poner en presencia uno de otro estos dos hechos que constituyen

una antítesis; de una parte vemos *actualmente* pueblos en estado de naturaleza, evidentemente sin mezcla, vivir en condiciones primitivas, vecinas de la existencia de los animales. De otra parte no podemos jamás atestiguar una civilización floreciente aquí en donde podemos atestiguar al mismo tiempo que hay probablemente una amalgama étnica (1).

Ya lo hemos dicho: no deducimos una conclusión prematura, es más bien una circunstancia muy atendida; estos dos fenómenos, amalgama étnica y desarrollo de la civilización, se suceden regularmente en la historia, en tanto que las hordas de pueblos, en estado de naturaleza y sin mezcla, continúan viviendo sin civilización hasta en la época actual. Lo que establece en favor de la tesis una relación de causa á efecto entre estos dos fenómenos, como hemos dicho al hablar de la organización de la dominación, la división del trabajo y la civilización.

En todo caso, puede admitirse como cierto que una gran heterogeneidad de los elementos étnicos es la condición más poderosa y la base natural de una gran división del trabajo económico, división que ex-

(1) Ya hemos dicho varias veces que las amalgamas de este género no se producen jamás espontáneamente; sólo son conocidas por la guerra y la violencia. Resulta absolutamente, sin más, que la guerra y la violencia constituyen factores necesarios del desarrollo de la civilización de la humanidad. Ranke no admite esta verdad, más que á su pesar, como se desprende del siguiente pasaje: «Podría parecer que se abusa de la expresión *factor esencial* de la civilización del género humano, designando así un imperio como el imperio asirio constituido en medio de las violencias más diversas. *Esta calificación sería, sin embargo exacta (Weltgeschichte)*. Ranke no parece en muchas ocasiones reconocer lo que hay de regular y de necesario en estos fenómenos conexos y presenta el caso aislado como una excepción.

plica fácilmente el desarrollo de una civilización importante.

Pero queda un problema más difícil por resolver. ¿Por qué, toda civilización consiguientes á un gran desarrollo, á un nivel elevado, cesa de acrecentarse y elevarse? ¿Por qué, desde entonces, como acometida de una debilidad interior, comienza á decaer y parece generalmente bajo el golpe de bárbaros extranjeros?

Se atestigua la misma regularidad, de una parte, en la vuelta histórica de este fenómeno. y de otra parte, en este hecho: de ordinario, el florecimiento de la civilización humana sucede inmediatamente á la reunión de los elementos étnicos de un Estado.

El mismo espectáculo de declive y de caída final que nos han ofrecido Egipto y Babilonia, se renueva en Asiria.

XLIII

Medos

Mientras que en las llanuras del Eufrates y del Tigris el gran poder asirio estableció su civilización especial, otros pueblos, entre los cuales se distinguen los medos como los más guerreos, erraban por el Noroeste de la meseta Irania. Estos pueblos se habían dado á conocer como tales de los babilonios. Apenas se ha dicho nada acerca de la prehistoria indígena de los medos; su sistema de religión, su rica literatura de leyendas, así como las excursiones guerreras que partiendo de su país se atrevieron á intentar respecto de la potente Babilonia, todo indica que esta tribu gue-

rrera, mucho tiempo antes de dirigirse contra Siria debía haber ejercido una dominación sobre las numerosas poblaciones del Noroeste del Irán. En tanto Asiria fue un Estado de expansión potente, los medos no se atrevieron á descender de sus montañas. Los asirios «procuraron asegurarse por todos lados el predominio, protegieron al mundo civilizado contra la penetración de elementos extranjeros», como dice con razón Ranke, y entre ciertos elementos extranjeros debemos citar en primera línea á los medos.

El momento en que los suevos dieron el asalto al reino asirio, fué determinado por el estado relativo de las dos sociedades, así como lo impuso la naturaleza de las cosas: siempre y en todas partes la situación recíproca de dos pueblos determina la hora de la colisión. De una parte, una tribu inculta y en toda su energía natural pasa de la vida nómada de los pastores á la de los guerreros, se fortifica en el ejercicio de esta última profesión y somete las tribus que vagan á su alrededor: esta tribu inculta acaba por constituir una potencia. De otra parte, encontramos un antiguo Estado civilizado, reposando tranquilamente en sus laureles, entregándose á los regocijos de la paz y cesando de atender á sus fuerzas, pero al mismo tiempo excitando por sus riquezas, su pompa y su lujo, la envidia y la codicia de las hordas salvajes. ¡Cuántas veces la misma situación ha producido inevitablemente las mismas consecuencias! Y del mismo modo que estos resultados se han reproducido más tarde, siempre y en todas partes, del mismo modo se habían manifestado en otro tiempo entre Babilonia y Asiria, del mismo modo aparecieron entre los asirios y los medos; así fué efectivamente.

Cuando los medos hubieron sometido la mayor

parte de las tribus del Noroeste del Irán, y hubieron sometido á su yugo un gran número de pueblos y de territorios dependientes de los asirios, hasta bien lejos en el Asia Menor; cuando, en fin, para avanzar con más certidumbre se ligaron con los persas, dominando en el Sudeste del Irán, y con los babilonios, temblando bajo el yugo asirio, dieron el golpe decisivo á Nínive, capital de Asiria. Aun en la actualidad, las ruinas descubiertas de la residencia real asiria muestran evidentes trazas de la devastación y destrucción causadas por el fuego: es casi una especie de generación; como en nuestros días, los buscadores celosos recogen los restos de un mundo civilizado, grandioso, incendiado por hordas bárbaras que cegaba un criminal orgullo.

Este destino, hasta ahora, no ha sido evitado á ninguna sociedad civilizada.

XLIV

Persas

No estaba reservado á los dominadores de Asiria gozar largo tiempo de los frutos de su victoria bárbara. La tribu de los persas, su aliada, que les había ayudado á vencer, exigió bien pronto el salario de su ayuda. Pareció, por lo demás, que los medos tenían más condiciones para destruir que para edificar. Después de haber dominado poco tiempo sobre Asiria, fueron vencidos por los persas, que establecieron su reino sobre las ruinas todavía humeantes del reino asirio.

Los persas supieron mejor que los medos fundar una gran potencia durable. Reunir en una comunidad unitaria de intereses los más variados elementos étnicos, dirigir las particularidades de los diversos elementos, si no ofrecen obstáculo al mantenimiento del conjunto: los persas entendieron perfectamente todas estas habilidades gubernamentales. En este arte aventajaron muchos á los asirios.

Después de haber extendido los límites de su imperio, de una parte la costa accidental del Asia Menor, de otra parte hasta el Indus, y después de haber reinado desde el Taxarte, al Cáucaso y el Ister (Danubio), desde el Norte hasta Etiopía, formaron en el interior un sistema de administración que se puede tomar como modelo. El imperio estaba dividido en satrapías que regían los persas ó funcionarios de otras nacionalidades, pero animados de sentimientos persas. El sistema de las comunicaciones estaba organizado de una manera perfectamente ingeniosa. Un gran ejército permanente constituía la fuerza del reino.

Este grandioso aparato de poder funciona excelentemente durante más de doscientos años (de 550 á 330 antes de Jesucristo), los recursos vitales de innumerables pueblos, fueron absorbidos bajo forma de tributos por una red de satrapías que eran nutridos por ellos; y después de lo cual el excedente iba á parar á la corte del soberano del rey de reyes. Aquí el aflujo de las riquezas y de los tesoros producía tal prosperidad, que el mundo, asombrado, no recuerda haber visto jamás cosa parecida. Todo el brillo, toda la magnificencia del lujo oriental más refinado se desplegaba en la corte del rey de reyes.

Los dos pueblos de la antigüedad dotados de gustos literarios y artísticos, los griegos y los judíos, ce-

lebraron en el universo el grandor de los monarcas persas, porque por todas partes y siempre es propio de la poesía y de los «bellos espíritus» no ver los sufrimientos de las masas y no tener ojos más que para el brillo de las artes y de los soberanos. Según Jenofonte, Ciro fué un padre para sus pueblos; según los poetas judíos, «sobre las orillas del río de Babilonia fué ungido del Señor». La reina de los maragetas fué la única que vió en él á un tirano. Esta «salvaje» sumergió la cabeza cortada de este rey en una vasija llena de sangre para que pudiera beber este rey cruel lo que había derramado durante su vida.

Esta acción de Tomiris, aun no siendo histórica, es la verdadera expresión de la poesía popular sin falso y enfermizo ideal, pero penetrada del sentimiento de los sufrimientos de los hombres. En esta leyenda se encuentra proclamado el veredicto definitivo sobre aquél, ensalzado hasta las nubes por la poesía cortesana de griegos y judíos.

XLV

India

Hemos dicho más arriba que el resultado del proceso de la vida política, allí donde se desarrolla normalmente y no desaparece de una manera prematura, es siempre una *civilización* que se deriva de la organización de la soberanía y de la división del trabajo basado sobre esta soberanía, ó, si se quiere, de la organización de la economía política hecha posible por esta división. En otro lugar, á propósito del Egip-

to, así como de los Estados y de las naciones del Asia anterior, no hemos hecho más que indicar estas civilizaciones producto de proceso del desarrollo político sin entrar en su esencia y en su conexión con la vida pública.

Nos hemos reservado dar detalles de este orden para cuando hubiéramos de hablar de la India. Tenemos para esto dos razones. En primer lugar, encontramos en la India una nacionalidad y un conjunto de Estados que han vivido toda su vida, un desarrollo político y nacional que podemos seguir desde las primeras etapas de la vida en el estado de naturaleza, hasta las últimas consecuencias de una existencia refinada. En segundo lugar, tenemos la felicidad de poseer, sobre todo el curso de este proceso político y nacional, testimonios y documentos bastantes. Sobre ninguno de los Estados ó naciones de que hemos hablado poseemos tantos datos.

Desde los primeros albores de la historia india perceptibles para nosotros (próximamente tres mil años antes de Jesucristo), advertimos dos mundos de innumerables tribus humanas en los vastos territorios que se extienden desde la meseta de Pamir hasta el cabo Camarín y hasta la isla de Ceilán.

Si de una parte y otra se buscan caracteres que diferencien estos dos mundos de tribus humanas, puede decirse que el uno es el de las tribus blancas, las cuales partieron del Norte; el otro es de las tribus oscuras, establecidas al Sur en el país de los cinco ríos y sobre las riberas del Ganges.

La colisión de estos dos mundos es el gran acontecimiento que nos encontramos en el dintel de la historia que nos es conocida. Antes de este choque, fué aquí de donde partió el impulso de aquellas dos gran-

des colectividades humanas, es decir, arias, habitantes de la meseta donde se encuentran las fuentes del Oxus y del Indo, y los dravidas, habitantes de la India, propiamente dicha, y del Dekan. No nos engañaremos si de sus grandes facultades de dominación que más tarde revelaron en sus actos, deducimos que las guerras entre estas tribus debían ser seguidas de poderes y de administraciones muy complicadas.

Es un hecho cierto en todo caso: los arias, en la época que se pusieron en campaña hacia el Sur para una grande expedición de conquista en el tercer millar de años antes de nuestra cronología, habían constituido ya una especie de constitución federal, estipulando los derechos respectivos de los diversos pueblos agrupados en este conjunto. Avanzaron formando más bien una reunión de Estados que un ejército hacia la región en que el Indo, inclinándose hacia el Sur, atraviesa la cadena de montañas entre el Hindo-Khus y el Himalaya, y penetraron en el país de los cinco ríos, á fin de partir de aquí y extenderse cada vez más hacia el Este y hacia el Sur, yendo á establecerse en el país ajeno.

Fué entonces cuando comenzó la grande época de los indus, aquella época que ha sido tan cantada y celebrada. Los habitantes del hermoso país de los trópicos, las innumerables tribus «negras» se pusieron á la defensiva; pero «Indra», el gran dios de los arias, combatió al lado de los invasores, y la piel negra fué en parte extirpada, en parte sometida.

No eran únicamente hordas primitivas las que conquistaban así una nueva patria los arias, no eran hordas primitivas, como no lo fueron mil años más tarde, las tribus de Israel cuando conquistaron la Pa-

lestina, como no lo fueron tampoco tres mil años más tarde las tribus germánicas cuando por el fuego y por el hierro se crearon más allá de los Alpes y de los Pirineos una nueva patria.

Una expedición de conquista no testifica por sí misma la existencia de un alto grado del desarrollo del pueblo conquistador, no testifica por sí misma más que la existencia de una reunión de un gran número de tribus en una constitución federal que estableció sus derechos respectivos sin impedir su emigración. Bajo el imperio de una constitución de este género se encontraban las tribus de Israel cuando conquistaron la Palestina; igualmente bajo el imperio de una constitución análoga se encontraban las legiones de los godos y lombardos, compuestas de numerosas tribus cuando invadieron el suelo de España y de Italia. Nos vemos forzados á imaginar que los arias se encontraban agrupados en una constitución análoga cuando invadieron por primera vez el país de los cinco ríos.

Aunque no quisiéramos considerar como un espejo de civilización posterior transportado á los tiempos anteriores los testimonios históricos que hablan de su invasión y nos lo representan como un pueblo guerrero muy desarrollado, la dominación establecida por los arias sobre la población indígena, con las instituciones político-sociales complicadas (el sistema de castas) que encontramos en la india, prueba que éste pueblo sabía organizarse y dominar á los extranjeros.

A la verdad la organización de los arias reposaba sobre múltiples diferencias étnicas: por lo menos en el país de los cinco ríos, su primera estación india, nos los encontramos divididos en *castas* fundadas en diferencias de clases.

Ya en esta época primitiva, en el umbral del terri-

torio que van á conquistar, nos encontramos entre ellos una casta de sacerdotes (*brahmanes*), una casta de guerreros (*ksatryas*) y una casta de cultivadores (*vaycyas*), división que prueba que las diferencias étnicas habían facilitado ya á los arias en su patria preindiana la organización del gobierno: esto ocurrió en su más alto grado en el país que ellos conquistaron en los bordes del Indo y del Ganges.

Los conquistadores comprendían un gran número de tribus que vivían en un estado de hostilidad y de guerra; de otra parte, los habitantes primitivos de la India se descomponían en un número excesivamente grande de tribus extranjeras y hostiles, diferentes por la lengua, las costumbres y la manera de vivir. Otras veces el hecho de la conquista creó más tarde aquí, como en otras partes, una única y grande oposición que reposaba en el color de la piel é inauguraba entre los arias blancos y los dasyus de color oscuro, nombrados también mekhas, los extranjeros, un abismo, al parecer, infranqueable. La oposición de raza, la más considerable que puede demostrarnos el proceso natural de la historia, separaba á los arias de los dasyus. Esta oposición era análoga á la que existía entre los europeos y los indígenas de América en una época menos alejada de nosotros y que existe parcialmente todavía entre ellos.

Una imborrable diferencia de aspecto físico, una lengua diferente, una religión diferente, costumbres diferentes, hicieron desaparecer toda compasión humana entre los dasyas y los dasyus. Los arias cayeron sobre los dasyus, como sobre animales, como sobre perversos demonios: la guerra fué sin piedad, y los dasyus vencidos se vieron obligados á aceptar en la organización de gobierno nuevamente establecido,

extendiéndose cada vez más hacia el Sur, á partir del país del Ganges, los papeles inferiores de esclavos y de obreros consagrados á la baja necesidad.

Se nos dice, en verdad, que entre estos dasyus se estableció una diferencia ó que esta diferencia fué hecha por los arias, según que los unos de estos dasyus se sometieron á las condiciones impuestas por el vencedor y les prestaron servicios ejecutando trabajos que se les pedían, y que los otros huyeron á los bosques deseando mejor vivir como salvajes y miserables, pero libres, que sufrir el yugo de la esclavitud. Un pensamiento se nos impone évocado por millones de analogías: esta diferencia proviene de una diferencia de ser de la naturaleza y la cualidad intelectual de estos diversos grupos de dasyus, por consiguiente, implica una diferencia de origen. Los unos debían aproximarse á los negros africanos, los otros á los pieles rojas de América.

En conformidad con la teoría brahmánica del estado y de la sociedad, esta diferencia en las tribus sometidas de indígenas, se expresó por la constitución de una cuarta casta, la de los matras, así como por la asimilación de los kandabas y de los parias á los animales de los bosques; así se produjeron en bloque cinco castas, fundadas todas (excepto quizá la de los brahmanes) sobre las diferencias étnicas; decimos en bloque, porque sería una ilusión creer que no había más que cinco castas correspondiente á aquel gran número de grupos históricos en la región del Indo y del Ganges y más abajo en el de Khan y hasta Ceilán. Mayor número de tribus gretáticas debe, á la verdad, en el cuadro de la organización gubernamental del Estado, dividirse en un número relativamente pequeño de clases profesionales, porque el número de éstas es muy li-

mitado por la naturaleza del trabajo económico. Hay todavía en la India más de cuarenta castas hereditarias: esta circunstancia muestra que las diferencias étnicas, existentes desde la época preestática, se han mantenido en el interior de las diversas clases profesionales de sacerdotes y guerreros, artesanos y esclavos. Estas diferencias se han transmitido hereditariamente en estrechos círculos sociales y grupos del mismo linaje con costumbre, hábitos, ocupaciones y modos de vivir especiales.

La historia escrita, desde el punto de vista monogénico, ve, á la verdad, las cosas de otro modo: como es preciso que toda pluralidad y toda diferencia encontradas en los hechos, en la realidad se deriven de una unidad y una unitaridad primitivas, ve la historia en toda pluralidad de castas un resultado de la colectividad étnica primitivamente unitaria, y en la pluralidad de razas que se encuentra todavía el resultado de la institución de castas.

El resumen siguiente que da Verrier en su gran historia universal (*Weltgeschichte*) puede servir de tipo á estas concepciones de los investigadores.

Así, se lee en esta obra, «la humanidad indiana, tanto por la marcha del desarrollo histórico, por la naturaleza, las costumbres y el origen, como por *legislación exterior*, llegó en el curso de los años á inclinarse bajo el yugo de un sistema de castas; en el cual las diferencias de estado social y de profesión se elevaron hasta una diferencia de raza; y en este sistema su espíritu particularista impaciente ahogó todos los sentimientos humanos, comprimió todas las expansiones de la humanidad, y más adelante, así como en una disgregación de hombres amenazan detener completamente la circulación de la sangre y las pulsaciones de la

vida, el fraccionamiento de la humanidad india fué impulsado hasta un grado tan excesivo, que actualmente existen más de cuarenta castas las unas al lado de las otras.» Como ha dicho Weber, en esta fase expresa fielmente las maneras de ser que encontramos en todos los autores de historia universal, así como en los autores de obras especiales sobre la India: Lassen, Zimmer, Haug, etc.

Estas concepciones resultan necesariamente de la concepción fundamental monogenética y son erróneas.

La humanidad indiana estaba dividida en los tiempos primitivos como no lo estuvo en los siglos siguientes y como no lo está actualmente. No es exacto que el sistema de castas haya sido introducido por una legislación extranjera, que este sistema haya aumentado la diferencia de las razas y causado la disgregación de los géneros humanos: no. El sistema de las castas es un monumento de antiguas diferencias de razas y mantiene parcialmente estas divergencias. La humanidad no se disgrega en géneros; pero no cesa de fusionarse cada vez más, y el desarrollo histórico de la India como el de todo otro Estado, ha favorecido en un proceso de amalgama social que tiene en millones de años de existencia, no la disgregación, sino la fusión. Esto, á la verdad, tiene un límite, y el Estado, en el sentido estricto de la palabra, no puede jamás venir á ser *un círculo singenético* único, como aquel con que sueñan los socialistas y comunistas, y como aquel de la concepción ideal, que es la base de las doctrinas de Buda y de Cristo.

En cuanto al impaciente espíritu particularista que sería resultado del sistema de las castas y que ahogaría todos los sentimientos humanos, era ciertamente más poderoso en los tiempos primitivos, porque rei-

maba entonces entre las innumerables hordas y bandas humanas y no dejaba surgir los menores sentimientos humanos en las relaciones entre los diversos grupos. Se miraban recíprocamente como animales y se trataban como tales. El sistema de las castas no es más que un resto de esta especie de relaciones. El espíritu particularista de las castas, que dependen las unas de las otras en el Estado y en el trabajo económico, así como sus luchas en el Estado, constituyen una armonía celeste, en comparación con el antiguo odio y la antigua repulsión brutales de las diversas tribus puetálicas y con la perpetua guerra bestial de exterminio á que estas razas se entregaban entre sí.

Profundamente arraigadas en la naturaleza de la humanidad estas razas, estos antagonismos primitivos existentes en el Estado, no pueden desaparecer *completamente*; el Estado es la institución que en tanto lo permite la naturaleza de las cosas, atenúa estos feroces antagonismos primitivos entre las razas.

Sin embargo, perturbados por falsas teorías monogenéticas, y, por consiguiente, por las concepciones erróneas de las instituciones del Estado, los historiadores de la India están dispuestos á imputar á la legislación brahamánica el sistema de las castas con todas las reglas y todos los preceptos que protegen la separación de estas castas. Todo ello era la falta de los brahamanes de la ley de Manú. Nada más erróneo que esta aserción. La legislación brahamánica se ha formado bajo la protección de los gobiernos que se han establecido y que han prosperado en las orillas del Ganges; no es más que una fiel fotografía de los organismos de vida producidos por el desarrollo histórico y las situaciones respectivas. Los brahamanes y Manú nada han fijado; no han hecho más que apro-

bar lo que ya estaba establecido. Ciertamente que está en su propio interés el *firmar* su *código de las costumbres*, á fin de establecer tanto como es posible el orden *ya establecido*, que les era favorable; pero no han podido detener así las fuerzas propulsivas de la vida, ni han podido detener la corriente poderosa de la historia; lo que claramente prueba que es, en primer lugar, la mezcla perpetua de las castas que ha continuado haciéndose desde su legislación, como se habría cumplido antes de ella, y que no cesando de abrirse paso al través de los órdenes establecidos, no ha cesado de crear nuevos órdenes. Otra prueba es la aparición de Buda, porque este género de aparición marca siempre una etapa avanzada del desarrollo de todo sistema de Estado y de toda manera de civilización, sea cualquiera la forma que tome este acontecimiento según los tiempos y las circunstancias.

Por lo que concierne á la perpetua mezcla de las castas, ha brotado ésta verdaderamente, según las preocupaciones de los brahmanes, de nuevas castas mixtas, cuyas relaciones con las otras castas estaban minuciosamente reguladas. Fácil es ver que la mezcla perpetua entre las diversas castas y castas mezcladas, acaba, á despecho de toda reglamentación sacerdotal, por aplicarse á la gran ley natural de la amalgama. La ley, es verdad, mantiene la forma de las castas y su reposición; pero á medida que el círculo se ensancha y que la corriente sanguínea recorre elementos heterogéneos, un nuevo espíritu común anima nuevos círculos y conduce á la superficie de la nación número de gentes inteligentes, que, pensando y obrando por sí, crean las obras intelectuales nacionales, las cuales perpetúan el recuerdo de la nación.

Llegamos ahora al cenit de la historia antigua de la India: Buda.

La civilización más elevada que un pueblo puede conseguir en un estado ordenado estaba conseguida. La ley y el derecho regulan de la vida de los miembros del estado. La división del pueblo en castas, indicaba á cada cual el camino de la vida. El trono de los príncipes estaba rodeado de pompa y de lujo; la casta de los sacerdotes y la de los guerreros estaban cerca del trono, y llevaban una vida confortable á expensas del pueblo; en tanto, las castas de los artesanos, de los comerciantes y de los agricultores tenían sus círculos jurídicos, que les estaban garantidos por la ley, y en cuyo interior podían moverse libremente. Había muchas castas inferiores, castas de servidores, cuya vida se pasaba trabajando para otros; pero se conservaban estas castas por medio de las promesas religiosas; de suerte, que aquí y allá, un rayo de esperanza, una centella divina de alegría, caía sobre la miseria de su vida.

Lo que no podía faltar en semejante estado se produjo en la India. En los círculos más amplios se descubrió la verdad. El *espíritu se despierta*, los *primeros resplandores* aparecieron, iluminando en su auro-ra la desigual repartición de bienes, despertando aspiraciones que no podían ser satisfechas, permitiendo á los poderosos ver la vanidad de felicidad; á los pobres comprobar la esterilidad de sus esfuerzos, una viva fermentación de descontento y de *melancolía* se apodera de las almas; un ardiente deseo de emancipación existía en cuantos vivían, lo mismo en los palacios que en las aldeas; se estaba en el momento en que todas las disposiciones determinan una transformación intelectual, en que es inevitable una revo-

lución, en que *debe aparecer un salvador, porque todo el mundo lo desea y lo espera*; en que debe surgir una idea de rescate, porque todos los espíritus lo desean y la llaman.

Semejante disposición puede producir dos géneros de fenómenos, según que la tendencia irresistible á la emancipación se une con la concepción optimista, con la esperanza de *poder* determinar un estado mejor de la «sociedad» con la energía que quiere fundar y establecer aquí abajo una existencia mejor (revolución francesa, socialismo, comunismo), ó con el descubrimiento de la verdadera causa del mal, causa que es la insuficiencia de las condiciones necesarias en la vida humana para conseguir la felicidad, y con la resignación que proporciona esta vida. Esta resignación era considerada como la única manera de llegar al reposo y á la paz y de alcanzar la felicidad de la vida.

Esto se verificó en la India, y la encarnación de este fenómeno fué Buda. El y sus adeptos estaban animados de la idea vivamente sentida y fijada por ellos en términos claros, que toda existencia terrestre está llena de sufrimiento y que no hay más que un medio de escapar á los sufrimientos; la renuncia y el reposo eterno.

Esto es lo que produjo el brillante desarrollo del régimen del Estado indio. Todos los dominios de la vida intelectual habían sido sucesivamente experimentados: costumbres elevadas, derecho cumplido, ciencia y arte habían florecido y se habían marchitado, y de todas estas fuentes de verdades intelectuales brotaba la doctrina de Buda relativa á la extinción del deseo, á la cesación de las aspiraciones y al aniquilamiento, al «nirvana».

Esta teoría en sus consecuencias y en su aplicación estaba concretamente en oposición con el sistema de Estado brahamánico; negaba este sistema. Lo que había sido edificado durante millones de años en campos empapados de sangre, lo que había sido adquirido al precio del sudor de «los más nobles», todo esto debía disgregarse y resolverse en la nada, porque así estaba concebida la doctrina de Buda: mis discípulos, lo mismo que los grandes ríos, por numerosos que sean, el Ganges, el Yamouna, el Aciroditi, el Sarabhon, el Mahí, al llegar al Océano pierden su antiguo nombre y su antiguo sexo, y no guardan más que un nombre: el de Océano; así, mis discípulos, estas cuatro castas, los nobles y los brahamanes, los vagcias y los koudras, cuando, según la teoría y según la ley que ha promulgado el *Perfecto*, renuncian á su patria, pierden su antiguo nombre y su antiguo sexo, para no llevar más que un nombre, el de ascetas, los que se adhieren al hijo de Sakyah.

Bien preparado el terreno para semejante doctrina, legiones de discípulos repartieron los gérmenes sobre vastos dominios: el principio de la *igualdad de todos los hombres*, del amor del prójimo, de la caridad hacia todos, fué predicado y esparcido por todas partes; el «puramente humano», no; el puramente psíquico é intelectual fué puesto sobre el poder, y *la fuerza del Estado indio* quedó quebrantada.

Entonces es cuando comienza la disolución interior, el descenso *político* del antiguo sistema del Estado indio, descenso que de cierto se hubiera realizado más rápidamente si la situación geográfica de la India, protegiendo á este país contra los invasores extranjeros, no hubiese hecho difícil el acceso.

Fué preciso el ardimiento y temeridad de Alejan-

dro el Grande, para que el reposo de la India fuese turbado por hombres venidos del exterior. Alejandro, por lo demás, no encontró una resistencia seria en el país, y si no avanzó más allá del Hiphasis (Viasa), no fué á causa de la fuerza defensiva de la India, sino más bien por el agotamiento natural de las fuerzas macedónicas y por la imposibilidad de permanecer más tiempo bajo un clima á que los compañeros de Alejandro no estaban acostumbrados. La expedición de conquista de Alejandro abrió al comercio griego un ancho camino hacia la India, y desde entonces comenzaron la explotación pacífica del país, el establecimiento de negociantes griegos y la trasplantación de elementos de civilización occidental sobre las orillas del Indo y del Ganges.

Pero el camino estaba indicado en adelante para otros conquistadores. Un sucesor de Alejandro renovó la campaña de conquista de la India, penetró hasta el curso inferior del Ganges (hasta Patna) y levantó una contribución de 500 elefantes. Los soberanos bactrianos y sirios, y después los scitas, acometieron á su vez empresas de conquista y de pillaje hacia la India; pero la India estaba reservada á los *árabes*, los primeros para quienes debía ser una presa durable.

«Con los ejércitos de los conquistadores mahometanos, legiones de guerreros que provenían de diverso origen, penetraron en la India y tomaron posesión de ella durante un largo período: fueron éstos los turcos, los persas, y, sobre todo, los afghanos.»

Bajo la dominación mahometana, la antigua civilización indiana de los arios fué completamente ahogada para ser reemplazada por la civilización llamada semítica, extendiéndose desde la Arabia y la sede del Califato hacia las tres partes del mundo.

Al cabo de un medio millar de años, esta civilización había cesado de existir también sobre el suelo de la India: los mongoles la conquistaron y establecieron su dominación en ella; á la *civilización* aria y á la *civilización* semítica sucedió una civilización turania; que tuvo por centro á Delhy, residencia del gran Mogol. Esta dominación se habría prolongado ciertamente más, si no hubiera sobrevenido un acontecimiento que suprimió las condiciones naturales de la seguridad de la India: nos referimos al descubrimiento de la ruta marítima entre Europa y el Océano Pacífico. Así quedó indicado para los europeos (raza conquistadora) el camino de un país abundante en riquezas naturales, y desde entonces comenzó una nueva lucha, lucha que siguió durante siglos, tan pronto por la astucia como por la violencia. Lo mismo que en otro tiempo la raza aria que penetró en la India por encima de la cadena de las montañas septentrionales se compuso de un gran número de tribus, de las cuales muchas tenían sus príncipes, y lo mismo que aquellas tribus conquistadoras lanzadas contra los dasyus, guerreaban algunas veces los unos contra los otros, del mismo modo se conducía la raza «europea», que después de haber descubierto el camino marítimo se había preparado á venir sobre las olas á conquistar la India.

Esta raza se compone de un gran número de *pueblos* y de *naciones* gobernadas por un gran número de reyes, y en sus costumbres, sus hábitos y sus lenguas, se distinguen ciertas diferencias subordinadas las una^s á las otras. Para los indios, para los indígenas, no son más que una sola raza, rapaz, detestada, y cuando, como ha sucedido á menudo hasta nuestros días, se revela la colera de los indígenas, se revela por insurrecciones sangrientas, entonces esta cólera se diri-

ge sin distinción á esta raza *única* enemiga: *los europeos*.

Los primeros europeos que atacaron la India por mar fueron los que habían descubierto (en los comienzos del siglo xvi) la vía marítima: los portugueses. Comenzaron esta conquista á la manera europea, en un principio pacíficamente, estableciendo factorías y colonias, después, construyendo, para proteger estas factorías, fortalezas guarnecidas de cañones europeos y de soldados bien armados. Hacia fines del siglo xvi los portugueses fueron seguidos por los holandeses, luego por iugleses y franceses. El método fué siempre el mismo: comercio, factorías, colonias, hábiles negociaciones, creación de fortalezas, en una palabra, larga lucha pacífica, conducida, con toda la astucia de una civilización superior, según la cual se emplea abiertamente la violencia. Así fué cómo los ingleses, desde la mitad del siglo último, vinieron á establecer su dominación en la India; y después de esta época se propagó la civilización europea cada vez más en este país.

Esta dominación de los europeos en la India, ¿será durable? Esto depende de la situación respectiva de estas dos razas, los europeos y los indos, y especialmente la forma que tomaron en oposición. Si llega á plantearse de manera tal la oposición que los *menores* elementos del país se *unen* contra la masa dominada, entonces esta dominación podrá dudar largo tiempo; si esto no se logra, la oposición permanente de las razas, puesta sabiamente en provecho para los elementos indígenas inteligentes, podrá resultar peligrosa para los dominadores europeos.

XLVI

China

Cuanto menos conocida era la historia de la China tanto más se prestaba este país á la edificación de los sistemas de filosofía histórica posibles.

Se partía de la opinión consiguiente á la afirmación de que el género humano provenía de una familia *única*, según la cual también los tiempos primitivos eran los de la vida familiar patriarcal imaginados por la filosofía de la historia. Es curioso ver con qué tenacidad se mantiene esta idea esencialmente falsa, con qué tenacidad se mantiene actualmente, aunque la historia de la China, tal como se la conoce, nos suministra materiales que demuestran la inexactitud de esta concepción. Herder, cien años hace, había tenido á bien mostrarse escéptico respecto de los relatos de los misioneros, según los cuales «todo el edificio político de la China, en lo que concierne á las relaciones y deberes de las clases frente á frente las unas de las otras, reposa sobre el respeto que el hijo debe al padre, y que los súbditos deben al padre del país, que, por el intermediario de cada uno de sus superiores, les *protege y les rige como niños*. Herder tuvo á bien invocar, contra este expositor idealizador, los hechos de la historia china: Hegel ha sostenido honrosamente durante mucho tiempo la falsa idea del Estado chino, constituyendo una gran «familia». ¿Por qué la humanidad europea no hubiera de haber creído

en este bello ideal, después que los viajeros modernos dignos de fe, habiendo visto la China por sí mismos, habían comprobado la existencia de este ideal en el Asia?

Tal, por ejemplo, el misionero francés Huc, que viajó por China entre 1840 y 1850, júzguese. La idea de familia, escribió Huc, he aquí el gran principio que sirve de base á la sociedad china. La piedad filial, objeto invariable de las disertaciones de los moralistas y de los filósofos, sin cesar recomendado por las proclamas de los emperadores y las alocuciones de los mandarines, ha venido á ser la virtud fundamental de donde se derivan todas las otras. Este sentimiento que se tiene cuidado de exaltar por todos los medios hasta el punto de hacer de él una pasión, *se mezcla á todas las acciones de la vida*, reviste todas las formas y sirve de apoyo á la moral pública. Todo atentado, todo delito contra la autoridad, las leyes, la propiedad y la vida de los individuos es considerado como un crimen de lesa paternidad. Los actos de virtud, por el contrario, la devoción, la compasión hacia los desgraciados, la probidad comercial, el valor en los combates, todo se relaciona con la piedad filial: ser bueno ó mal ciudadano, es ser bueno ó mal hijo.

El emperador es la personificación de este gran principio que domina ó penetra más ó menos profundamente los diversos troncos de esta inmensa aglomeración de trescientos millones de individuos.

Aunque en el mismo Huc y en los numerosos relatos y obras acerca de la China, publicados después, se encuentran bastantes hechos que demuestran que esta concepción del Estado chino, considerada como patriarcal, es errónea, el espíritu humano experimenta, sin embargo, hasta tal punto el deseo de imagi-

narse que existe realmente en *alguna parte* del mundo una situación ideal, que actualmente se encuentra la vieja repetición de la gran familia del Estado chinesco en las obras de historia, de filosofía histórica y de historia de la civilización. Así, para citar un ejemplo entre mil, escribía Dierks recientemente: «El inmenso imperio chino ha conservado una forma primaria de sociedad, la que reposa sobre la familia. Todo él no es otra cosa que una sola y gran familia.»

Otra idea sobre la China, fácil á la verdad de rectificar, pero ciertamente no menos falsa, es la de la estabilidad de su civilización, de la *inmovilidad* y de la falta de desarrollo del Estado y del pueblo chino. Sobre este punto se acostumbra á repetir desde hace cien años la misma frase. Herder escribía en otro tiempo: «El imperio de China es una momia embalsamada sobre la cual se han pintado jeroglíficos, y á la que se ha rodeado de seda: su circulación interior es como la vida de los animales invernadores mientras que están durmiendo.

Medio siglo más tarde, Hegel explicaba á su manera las causas de la inmovilidad de la China: «Como el contraste entre el existir objetivo y el movimiento subjetivo hace falta en China, todo cambio es imposible; y la inmovilidad, que se puede comprobar siempre entre los chinos, constituye toda su historia.»

Parece haberse encontrado gran placer en esta explicación, porque desde esta época la rigidez y la inmovilidad china, la carencia de todo desarrollo chino, son como fantasmas que llenan todos los libros de historia y todas las historias de la civilización.

Dierks también (para citar otro autor moderno) cree firmemente «que la China en general no ha avanzado más de lo que estaba *en los primeros tiempos* de

su existencia, y que ha quedado en el estado en que entonces se encontraba».

Así se ha creado una historia y así es como se adora á los ídolos que se han hecho para su uso.

Al considerar objetiva y friamente los hechos de la historia china, por el contrario, se reconoce, lo mismo que en el Estado chino, que nada difiere esencialmente de la historia y de los reglamentos políticos de las demás naciones. *¡Eadem aliter*, pero siempre *eadem!* ¿Y cómo había de ser de otra manera? El sol, en China, ¿sigue otra dirección que en los demás países? ¿Brotan de otra manera las plantas? ¿El proceso natural de la historia es otro? ¿Se ha desarrollado de otro modo entre las diversas hordas que se han encontrado y fusionado? No; es lo mismo que en todas partes, aunque pueda tener un color local algo diferente. No puede existir otra diferencia que la del *color local*, entre la historia de los diversos Estados: la esencia de esta historia queda siempre semejante á sí misma; el curso de ese proceso es siempre el mismo, y vamos á probar que en China acontece lo mismo en los demás pueblos.

No conocemos el comienzo de la vida histórica en los valles y llanuras de Hoang-ho y del Yang-tsé-Kiang. Para nosotros, lo que llamamos historia china comienza en el establecimiento, en estas regiones, de la dominación de los chinos primitivos si se puede emplear esta expresión. En las orillas del Hoang-ho y del Yang-tsé-Kiang, se estableció esta dominación, se la concibió de la misma manera que sobre todos los otros puntos del globo terrestre donde se ha establecido una dominación cualquiera.

Los «habitantes primitivos» de estos países, es decir, aquellos que nos aparecen como tales, habían sido

atraídos por la gran fertilidad de estos territorios á vivir en ellos vida sedentaria y proveer á su subsistencia por medio de la agricultura practicada de una manera completamente primitiva. Estaban divididos en un gran número de tribus que en ocasiones se combatían recíprocamente: numerosos documentos nos lo atestiguan. Por lo demás, este estado de división se explica por la naturaleza del país, porque las tribus establecidas en los valles y en las llanuras fértiles han sido de seguro visitadas á menudo por las tribus establecidas en la parte montañosa, cuyas condiciones de existencias eran más difíciles y que venían á buscar el botín entre sus vecinos.

Parece que hacia fines del siglo III, antes de nuestra era, estas regiones fértiles que limitan el Hoang-ho y el Yang-tsé-Kiang fueron invadidas por un pueblo de nómadas venidos *del Oeste*, y que después de muchas guerras, muchos combates, la población sedentaria fué vencida y sometida. Investigaciones recientes han demostrado casi hasta la evidencia que las moradas primitivas de estos conquistadores se encontraban en el Asia central, en los fértiles oasis de la «cuenca del Torim».

El vasto país de estepas del Asia central, entre el Kuen-Lin y el Tien-Chan, había sido en todo tiempo la patria de un gran número de tribus nómadas no pertenecientes á la misma raza. Estas tribus, según los relatos chinos, se repartieron todavía en el siglo II antes de nuestra era entre los oasis, que eran entonces muy numerosos y separados los unos de los otros por desiertos de arena. Aquí vivían ya, en el siglo III antes de Jesucristo, los antecesores de la tribu conquistadora de la China; se encontraban verdaderamente en la vecindad de las otras razas que más tarde

se repartieron en otras regiones del mundo: hacia el Oeste, el Sur y el Suroeste.

«Es lícito admitir, dice Richthofen, que el mismo atractivo inmanente que con posterioridad hizo desbordar los moros del Asia central, comenzó á ejercerse desde muy pronto. Ese mismo atractivo debió precipitarlos sobre el Este, el Sur y el Oeste, porque el Norte, tan frío, no era punto que los atrajera. Por el Este existían regiones montuosas, inhospitalarias, ocupadas por pueblos capaces de defenderse, y el camino del Sur estaba cerrado por asperezas. Al Sudeste tan sólo se encontraba camino para la emigración; este camino y fin de la emigración era la China; y es verosímil que gran parte de la invasión se repartiese en esta dirección y comprendiese la de los chinos, partidos sin duda de la cuenca del Tarim.

El recuerdo de estas inmigraciones vive todavía actualmente en la leyenda china, relativa al emperador Hoang-ti, segundo sucesor del primero y único soberano Tohin, el cual debió reinar hacia el año 2900 antes de nuestra era, y al cual se atribuye la invención de la escritura.

Esta tribu conquistadora, la tribu de los chinos, después de haber penetrado en China fundó en los valles en que se amontonó, un Estado, que, pequeño en un principio, llegó, andando los siglos, á su grandor y civilización actuales. No fue pequeño el trabajo que tuvieron que realizar; fué además un trabajo al servicio de la civilización, al servicio de las ideas más elevadas de la humanidad, y, actualmente, después de millares de años de realizada esta transformación, no hay verdaderamente derecho para reprochar á los chinos que «se consideren como los dueños de la tierra (pretension análoga no es más legítima en los euro-

peos), y que no pueden admitir que otros pueblos hayan inventado cosa alguna que no provenga de ellos».

Esta penetración en su nueva patria, que fué preciso en un principio conquistar, era ya una empresa difícil porque el camino estaba cortado por un gran número de pueblecillos montañosos á quienes había que vencer, así como por tribus de la llanura que se pusieron seguidamente á la defensiva.

Estas luchas, hace notar Richthofen, parecen análogas á los combates librados en el suelo de la India y celebrados en los cantos védicos, combates por los cuales los arias se esparcieron por las orillas del Indo, y, más tarde, por las márgenes del Ganges.

Mucho tiempo después de la toma de posesión no habían cesado estas luchas. Entre las tribus vencidas unas se habían sometido de buen grado á la domesticidad, pero las otras defendían obstinadamente su libertad y su independencia: las primeras fueron reducidas á la impotencia; en cuanto á las otras, fué preciso combatir las sin tregua y esterminarlas. Muchas veces aquí y allá en las montañas, algunas tribus guerreras conservaron largo tiempo su independencia. Actualmente todavía al cabo de cinco millones de años, existen algunos restos de estos habitantes primitivos, y los chinos no han logrado someterlos. Los minotse, pueblo primitivo de las montañas de la provincia de Kueitchon, hablan todavía de los obstáculos puestos de continuo al gobierno chino, y no cesan de poner en jaque á una parte de la potencia militar de la China.

Los chinos, por su parte, no están menos apercibidos para dominar de una manera durable la población sometida, para civilizarla y transformarla casi

completamente en una nación unitaria: «Han recibido muchas veces y se han asimilado materiales extranjeros; los unos, encontrados establecidos ya en el país del que ellos tomaron posesión progresivamente, los otros, del mismo origen que ellos y que habían confluído en su compañía desde los estepas.» Los medios pacíficos han sido los menos empleados para conseguir todos estos resultados, es menester, para realizar semejante obra de civilización, perseverar durante millares de años y librar rudos combates. Fueron éstos de dos géneros diferentes. Mientras que la tribu victoriosa se esforzaba en fortificar su dominación en el interior del país y en someter los territorios cada vez más extensos (sólo poco á poco ha llegado á poseer diez y ocho provincias actuales), este trabajo en el interior estaba interrumpido de tiempo en tiempo por las incursiones de los «tártaros», de los «kious», es decir, de los pueblos nómadas que erraban alrededor y que penetraban en el imperio, tan pronto por el Oeste, tan pronto por el Norte y el Nordeste, llevandolo todo á sangre y fuego y regresando cargados de botín á sus estepas, y así, estableciendo por más ó menos largo tiempo una soberanía bárbara, fué preciso una serie de grandes hombres y de soberanos potentes para contener los enemigos interiores y los de fuera. China felizmente parece no haber carecido de aquéllos.

La primera tarea de estos soberanos fué fundar la soberanía política de la China; porque aunque la tribu victoriosa hubiese trasplantado de su estancia primitiva muchos elementos de civilización á su nuevo territorio, parece, sin embargo, que la primera organización política haya sido, como siempre, en caso semejante, una especie de constitución feudal; la do-

minación se fraccionaría lógicamente entre un gran número de señores, lo que, como en un período análogo del desarrollo de Europa, sería un elemento de debilidad relativamente al exterior. Así es como la historia, muy defectuosa y muy incierta, de las primeras dinastías chinas (la de los Hia, de 2200 á 1760; la de los Chang nos ofrece el espectáculo de luchas interiores de una perpetua hostilidad entre las diversas familias, clases y señores feudales. Además, podemos admitir, según la naturaleza de las cosas y según las analogías observadas en otras épocas y en otros países, que los diversos príncipes y clases, haciéndose la guerra entre sí, no son otra cosa que los representantes de distintas naciones singenéticas y que es preciso buscar las causas de estas luchas en los antagonismos recíprocos.

De tiempo en tiempo, un príncipe poderoso llegaba á imperar sobre el particularismo de los señores territoriales y de los vasallos. La gran comunidad china llega más tarde á un resultado análogo, la administración se centraliza, los intereses particulares de las diversas partes del imperio se ven obligados á ceder ante el interés general, y una civilización común fusiona en una nación cada vez más unitaria los elementos étnicos divergentes.

El reino de Chi-vang-ti, por el año 250 antes de Jesucristo, marca uno de estos puntos importantes de la historia china.

Este soberano logró pacificar las querellas interiores. Es verdad que esta pacificación evitó torrentes de sangre: no solamente los jefes de las rebeliones interiores fueron ejecutados, sino tribus enteras que no querían someterse al orden de estado unitario y que fueron exterminadas.

«Cuando la calma se restablecía en el interior, Chivang-ti se ocupó en asegurar las fronteras del imperio contra las incursiones de los pueblos nómadas salvajes, especialmente los tártaros. A este efecto construyó, como es sabido, la gran muralla de la China, trabajo gigantesco que no pudo ser ejecutado más que gracias al poder de un gran Estado regido con vigor y genio. De otra parte, la seguridad con relación al extranjero produjo á su vez efectos útiles sobre el régimen interior, «porque era necesario contener á los enemigos interiores para consolidar la obra de centralización». Otro resultado fué que el emperador acabó por reunir ejércitos considerables bajo una dirección única, é hizo avanzar de un sólo golpe la obra de la absorción de los territorios de las tribus independientes, obra que los diversos príncipes habían cumplido lentamente y paso á paso en el curso de los siglos. Ninguno de los pueblos que vivían en los valles de la China resistió á esta invasión; y aunque los habitantes de las montañas estuviesen en gran parte al abrigo de los ataques, el imperio no aumentó por ello menos extraordinariamente su poder por el Sur y al Sudoeste.

Permítaseme aquí insertar una observación sobre la tendencia natural y universal de toda soberanía á transformarse de soberanía local en soberanía territorial. Toda fundación de soberanía no pudo ser jamás más que local en un principio, no pudo realizarse más que á condición de que la raza conquistadora pusiese así el pie sobre el cuello de la raza conquistada.

El territorio de dominación no puede ser más que pequeño en un principio. Los vencedores y señores comienzan por comprimir á los vencidos; los vence-

dores no se atreven á esparcirse, y mantienen su soberanía por medio de un terrorismo ejercido sin intermediario. Cuando los «malos elementos» de los vencidos han sido lanzados y eliminados poco á poco, y cuando los vencedores no tienen en su presencia más que los elementos «mejores» los más pacíficos de sus subordinados, solamente entonces tratan los vencedores de extenderse poco á poco, de ganar terreno, de transformar la dominación local en una dominación territorial cada vez más vasta.

No ha habido en ninguna parte dominación en cuyo desarrollo no se haya mostrado esta tendencia natural á convertirse en territorial después de haber sido local; esta tendencia ha degenerado á menudo en una tendencia á la universalidad (monarquías universales). Bastará con que recordemos Persia, Alejandro el Grande, Roma, Napoleón I y la Rusia actual. China también se ha transformado en el curso del tiempo, en virtud de una tendencia de este género, á una dominación territorial ó á una dominación universal (universal á la manera como podía concebirse entonces): esto ocurre bajo la dinastía de Han, 197 años antes de Jesucristo hasta 220 después.

Como consecuencia á la situación geográfica de la China, esta tendencia no pudo ejercerse más que en una dirección hacia el Oeste y el Sudoeste, del lado del mar Caspio y del Asia Menor; porque el Este de China estaba limitado por el mar, en el áspero Norte nada había que buscar y montañas infranqueables lo separaban del mundo civilizado del Sur.

Por lo demás, como siempre y en todas partes ocurre, el comercio fué el precursor de la conquista. El negociante chino, que buscaba colocar ventajosamente los productos de la industria china en el Asia

central y en el Asia anterior, fué seguido por los pueblos conquistadores de la raza de Han. Esta política de conquista no pudo, sin embargo, llegar á un resultado durable, porque á toda tentativa de expansión hasta el exterior comenzaban las turbulencias en el interior, y los tártaros reanudaban sus excursiones. Consiguieron éstos, hacia fines del siglo XIV, tomar posesión de algunas provincias del Norte de la China y establecer allí su soberanía. A partir de este momento comienza un período de descomposición del viejo imperio chino: las tribus extranjeras pueden inundarlo y ejercer provisionalmente su dominación sobre él, porque cuando los chinos llamaron á los mongoles para que los ayudasen contra los tártaros que los oprimían, los segundos no se limitaron á reducir á los tártaros, sino que sujetaron también á los chinos, y en el siglo XIII se hicieron señores de la China.

De los chinos vencidos se apoderó una rabia furiosa; «la sangre del pueblo corrió á torrentes», dicen los relatos chinos; los partidarios de las dinastías precedentes, los miembros de las familias y de las clases que habían reinado fueron perseguidos y aniquilados.

Por terrible que haya sido este comienzo, la dominación de los mongoles, cuando hubo consolidado y dominado á sus adversarios, comenzaron también ellos á ejercer una acción saludable, una influencia feliz, y á dotar á la China de los beneficios que un gobierno estable y potente no puede menos de dar á un pueblo: sí; los mongoles que como conquistadores habían comenzado por ser los enemigos más terribles de la cultura intelectual y de la civilización china, sufrieron inconsciente é involuntariamente una lenta «civilización», como diríamos hoy, porque la fuerza

de una civilización superior es tan considerable, que el conquistador, aun el más inculto y más bárbaro, acaba por supeditarse á ella.

Los Khanes mongoles desplegaron en China grandes talentos de gobierno. Ya el Código de Gengis-Khan, soberano de un gran número de pueblos mongoles y turcos, respiraba un espíritu de dominación ásperamente realista, establecía la conquista como un *deber* lo mismo que la sujeción de los países extranjeros, recomendaba que se tratase á éstos *sin piedad*, que se guardase fidelidad á los compatriotas y se les protegiese. Los descendientes de Gengis-Khan probaron en China que sabían gobernar sabiamente un país conquistado. Kulay-Khan, particularmente, es un brillante ejemplo de la aptitud para la cultura intelectual y del alto espíritu político de los príncipes mongoles. Administró la China de tal manera, que su reinado es uno de los mejores que ha tenido el imperio celeste. «Konblair estableció la sede del gobierno en Pekin. Para compensar la esterilidad de la llanura en que está situada esta ciudad, construyó el inmenso canal que se extiende hacia el Sur hasta una distancia de trescientas leguas, llegó hasta las provincias más fértiles, y logró, independientemente de la navegación marítima, hacer venir los productos.» No obstante todas estas sabias medidas, fecundas para el país, fueron impotentes para reconciliar la raza vencida, los chinos, con la dominación extranjera, tanto más, cuanto que la raza conquistadora, como siempre acontece, era la privilegiada cuando se trataba de proveer los empleos; esta preferencia hacía sentir á los chinos el peso del yugo extranjero.

Por consecuencia, lo que muy fácilmente se produce siempre y en todas partes en semejantes circuns-

tancias, ocurrió también esta vez. Un chino de nacimiento llamado Tchu, hombre del pueblo, se levantó contra los extranjeros. Parece que Tchu había adquirido sus ideas *nacionales* entre los *sacerdotes* budhistas, porque era sirviente en un claustro de Bouzos.

Comenzó por apoderarse de una de las provincias del Sur con un pequeño núcleo de insurgentes, y batió una parte de tropas imperiales enviadas contra él. Este primer éxito decidió del movimiento nacional. «Los chinos afluyeron á él de todos lados»; los insurgentes marcharon sobre la capital, hicieron huir al emperador y se apoderaron del poder. Tchou vino de esta suerte á ser el venturoso fundador de una dinastía *nacional*, la de los Ming, que ocupó el trono de China durante cerca de tres siglos (de 1368 á 1645). Durante este tiempo, la *nacionalidad* china y la civilización nacional de la China alcanzó su mayor brillo; además se agrandó hacia el Sur y hacia el Oeste. Al fin de este período, sin embargo, llegó lo que parecía increíble; habiendo llegado la civilización á un alto grado se debilitó el espíritu guerrero. Así, pues, los *tártaros vecinos* son la consecuencia de las situaciones de este género.

Esta vez fueron los tártaros Niou-tchi (nombrados más tarde mantchus), que habitaban al Norte de la China, los que expiaban el estado de debilidad interior del gran imperio, y que, guiados por su instinto, lo consideraban como presa segura.

Desde 1605 lucharon victoriosamente contra la China. En 1621 dieron el asalto á la capital Lian-Yang y se apoderaron de ella. En 1634, el príncipe mantchu Taitounsg, después de haberse asociado á cuarenta y nueve príncipes mongoles (verosíblemente con sus correspondientes tribus), atravesó la Mongo-

lia y penetró en China por el Norte, conquistando la provincia de Liao-Tong y tomando el título de emperador. Poco tiempo después estalló una insurrección en China y los insurgentes llamaron en su ayuda á los tártaros mantchus. Los mantchus llegaron, sometieron fácilmente el imperio, quebrantado por la guerra civil (1646), é hicieron venir al hijo de uno de sus príncipes, Chountchi, proclamándole emperador de China. Los mantchus extendieron en poco tiempo su dominación sobre todo el país. Impusieron á los chinos algunas formas exteriores, tales como la manera de llevar los cabellos y el vestido; pero adoptaron la civilización china y dejaron su provincia originaria, la Mantchuria, fundiéndose con el imperio chino. La dominación de esta pequeña minoría tártara sobre un país tan extendido, sobre uno de los pueblos civilizados más antiguos del mundo, dura desde hace doscientos años. Este hecho excita, con razón, el asombro de los políticos.

«El establecimiento y la continuidad de la dominación tártara, dice Davis, es ciertamente, si se considera el desacuerdo entre los gobernantes y gobernados, un hecho tan extraordinario como la dominación británica en la India; la raza mongola fué lanzada por los chinos después de un gobierno que se prolongó menos que la dominación de los mantchus, actualmente en el poder. Estos han sido más hábiles; han sido bastante avisados para dejar á los chinos, en la mayor parte de los casos, en posesión de las instituciones chinas, con las formas chinas; sin embargo, subsisten siempre tan fuertes diferencias, que la amalgama del pueblo primitivo con sus dueños es imposible».

El misionero Huc, escribe á este propósito: «Es evidente que los mantchus, en vista de su pequeño núme-

re en medio de este imperio inmenso, han debido tomar todas las medidas imaginables para conservar su conquista. De miedo de que los extranjeros no tuviesen codicia por una presa tan fácil de ser arrebatada, cerraron cuidadosamente todas las puertas de la China, creyendo ponerse así al abrigo de todas las tentativas ambiciosas venidas del exterior; en el interior buscaron tener á sus enemigos divididos por el sistema de la sucesión rápida y continua de los empleos. Estos dos medios han sido hasta este día coronados por el éxito, y es á la vez un hecho verdaderamente prodigioso y quizá bastante marcado, que un puñado de nómadas haya podido ejercer, durante más de doscientos años, una dominación pacífica y absoluta sobre el más vasto imperio del mundo y sobre poblaciones que son, dígame lo que se quiera, extremadamente móviles y cambiantes. Ha sido menester una política muy hábil, ligera y vigorosa al mismo tiempo, para obtener semejante resultado.»

Este fenómeno enigmático que ha excitado, no sin razón, el asombro de los viajeros é historiadores, la dominación de los mantchus durante dos siglos, podría explicarse de la manera más sencilla, á saber: que los mantchus, al apoderarse del poder en China, se apoderan al mismo tiempo del gran aparato gubernamental tan complejo, formado por un desarrollo histórico que había durado en China millones de años. Solamente los puestos superiores fueron ocupados por los tártaros mantchus; en cuanto á toda la organización política inventada y aplicada al curso de los siglos para el mantenimiento del buen funcionar de las ruedas administrativas, la dejaron intacta. Es verdad, por lo demás también, que por medio de la lengua y de la religión se asimilaron á los chinos.

La organización del gobierno chino está contruida sobre una jerarquía social tan sólida, que un cambio en las fuentes superiores del gobierno no es más sentido de lo que sería en Europa un cambio ministerial en un estado parlamentario: como el interés de la burocracia inferior es la estabilidad de las situaciones interiores, los innumerables pequeños gobiernos están evidentemente siempre prontos á reconocer como un hecho cumplido todo cambio en las fuentes superiores, para sancionarlo y sostenerlo, para que su autoridad subalterna, el gran mecanismo que abraza todo el imperio y cuyas ruedas mueven ellos, no se desarregle. Esto es lo que han hecho los mantchus (á la verdad, tenían un ejercito que era principalmente *tártaro*), y en esto consiste el secreto de su poder y dominación de dos siglos.

Por lo demás, sería dar pruebas de una confianza exagerada y no justificada por la observación histórica, creer la dominación de los mantchus al abrigo de todo peligro. El pueblo no ha olvidado todavía el origen extranjero de los mantchus; todo el mundo sabe y siente, á pesar de las tentativas de asimilación, que el gobierno es extranjero: esto puede servir fácilmente para alentar á un enemigo interior, ó á un enemigo exterior, ó á los dos reunidos. Es evidente que la dominación manchua está amenazada de un peligro de este género por parte de los europeos. Todas las potencias marítimas de Europa, y por la parte de tierra Rusia, codician, desde hace largo tiempo, los inconmensurables tesoros del Celeste Imperio y se esfuerzan por tomar pie poco á poco en este país. Si estas potencias llegasen á dominar sus mezquinos celos recíprocos y á entenderse, aunque no fuese más que por poco tiempo, sobre la mejor manera de explotar la China, podría